



**Juan Jacinto
Muñoz-Rengel**

La transmigración

AdN

**Juan Jacinto
Muñoz-Rengel**
La transmigración

AdN

Primera edición: mayo 2025

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



© Juan Jacinto Muñoz-Rengel, 2025
© AdN Editorial (Grupo Anaya, S.A.), 2025
Calle Valentín Beato, 21
28037 Madrid
www.AdNovelas.com

ISBN: 978-84-10138-96-4
Depósito legal: M. 4963-2025
Printed in Spain

*Para Ada y Valentina,
el miedo a que tan solo un cuerpo
me uniera a ellas me hizo escribir esta novela*

I

Aún no había empezado. Habíamos acumulado toda la luz y también toda la desesperanza; pero lo cierto era que todavía faltaban tres días para que se desencadenara el verdadero colapso. Y, a pesar de que nunca nada volvería a ser igual, la gente seguía obstinada en su trasiego diario, en sus urgencias minúsculas, bullendo y colmando las calles, con esa costumbre tan humana de planificar, de especular y de intrigar sin ser capaz de prever un solo cabello del futuro, esa bestia siempre oculta. Faltaban solo tres días para el cambio. Pero ni todos los adivinos juntos se han adelantado jamás un minuto a la peor de las catástrofes. El brillo de la ciudad estriaba el cielo nocturno, como una gloria inversa alzándose desde la tierra hacia los objetos celestes. Qué curiosa una inteligencia ciega al futuro inmediato. Habíamos amasado toda la luz, toda la ciencia; pero el escepticismo se cebaba en nosotros desde el momento en que tuvimos toda la información en la palma de la mano. Y, en realidad, las luces artificiales de la ciudad reverberaban contra una pantalla de gases y polución. Una nube de smog. Una tiniebla acechante, que bien podría tomarse como alegoría de la transformación que estaba a punto de tener lugar entre sus avenidas.

Al principio sería algo puntual. Nada que pudieran percibir más de dos o tres personas; las personas necesariamente implicadas. Pero la ciudad quedaría señalada.

Después, la seguirían todas las demás ciudades.

Allá abajo, en una plaza céntrica, conformada por un convento de arquitectura palaciega, por un flanco de edificios de

espejos oscuros, y otros dos de fachadas de inicios del siglo pasado, el hombre del parque, como cualquier otro mortal, lo ignoraba todo del futuro. Por esa razón persistía en sus rutinas y aficiones. No había hecho otra cosa en las últimas décadas, ni siquiera recordaba cuándo empezó su obsesión. Es más, había dejado atrás todo rastro de sensación culposa, desde que en su fuero interno entendió que lo que le hacía sentir mal no eran sus actos en sí mismos, sino tan solo la posibilidad de que lo descubrieran. Y no por lo que pensarán los demás, le importaba un bledo lo que pensara aquella sociedad hipócrita y remilgada, sino por las consecuencias. El juicio de los otros no podía afectarle, no eran más que una masa de individuos que, considerados de uno en uno, le resultaban inferiores. Cada mañana fichaba con puntualidad en su oficina, sin que le pesaran las horas de trabajo, porque hacía tiempo que logró que su horario coincidiera con el escolar. Podía trabajar sin pausa todas las mañanas a cambio de un salario inferior a su talento, con la tranquilidad de no estar perdiéndose nada. Ningún pequeño detalle esencial, los únicos que hacían que mereciera la pena agarrarse al hilo de la vida. Y en cuanto dejaba atrás la empresa, sin más demora, a veces incluso antes de haber almorzado, se dirigía a la salida de algún colegio. No obstante, no escogía ninguno de la zona, porque había aprendido muchas maneras de evitar ser atrapado. Cambiaba de distrito, iba al corazón de la ciudad o al extrarradio. Caminaba largas distancias, o se trasladaba en transporte público, nunca pagaba con tarjeta, ni llevaba conectado el móvil, ni se dejaba ver la cara más de lo necesario. Merodeaba por las calles de las escuelas, dejándose llevar. Aquello era solo un esparcimiento. Observaba, absorbía, la mayoría de las veces sin mayor propósito. Y entonces, cuando las aceras quedaban desiertas, visitaba algunos parques. Como este.

Y justo en este instante nadie más, salvo él, vigila al niño de los pantalones cortos.

Es un cervatillo. Solo, en ese extremo del parque de columpios. Y ninguna cierva mira en su dirección, todas le dan la espalda, absortas en su perorata. Los gritos de los niños resuenan en el cielo abierto que anochece. El hombre puede verlas a todas ellas bajo el resplandor de la farola, junto a los bancos, entre la fronda que lo mantiene a resguardo. El cervatillo solo bajo la arboleda y las ciervas parlotando. Aunque no, no. Está en un error. Esas no son ciervas. Los cérvidos son animales inteligentes: saben cuándo no deben tener crías, son capaces de anticipar si su densidad de población es excesiva y las camadas no tendrán recursos suficientes para subsistir. Y llegado el momento retrasan su ovulación o seleccionan las bayas específicas, localizan los frutos abortivos y los ingieren en su justa dosis. Esas de ahí no, esas paren como conejas. Se apostaría cualquier cosa a que ni siquiera los paren de uno en uno, sino que se abren en canal y estallan en camadas múltiples, que las dejan reventadas y sus casas untadas de un humus de heces, llanto e inmundicia. De todas formas, ninguno de los escasos niños que a esas horas quedan en la zona de juegos son en realidad suyos. Ni uno solo tiene su mismo color de piel. La luz enfermiza de las farolas casi no le permite diferenciar los tonos, pero acude al parque con tanta asiduidad que los conoce bien a todos ellos. Y, ahora, el niño del pantalón corto se ha quedado paralizado al poner un pie sobre la pasarela elevada. Se acuclilla, se agarra las piernas desnudas y parece estremecerse. No puede asegurarlo, porque aún permanece en la distancia, pero juraría que el pequeño está murmurando algo para sí. Se relata algo, o quizá canturrea. Parece intimidado por la altura. Y, sin embargo, un haz de luz naranja lo toca, un aura refulgente centellea desde el vértice de su cabeza, dibujando una tonsura sagrada, y, en cuanto con-

cluye su retahíla, al igual que una de esas civilizaciones que apenas transcurren los primeros siglos de historia se confían y creen que su dominio perdurará para siempre, el niño se yergue, levanta los brazos despacio y los extiende a uno y otro lado en el aire. Llena los pulmones, coloca un pie delante del otro y acelera el paso hacia la torre del tobogán.

Él lleva observándolo el tiempo suficiente como para saber que aún puede caer. Trastabillarse y caer a la menor ocasión. Cervatillo patoso, cervatillo vulnerable. Sus bracitos son robustos y goza de una espalda bien cimbrada; pero no sería la primera vez que lo viese llorar desconsolado, gimiendo sin parar hasta que su cuidadora, o cualquier otra coneja del corrillo, se acercara a comprobar sus heridas y a besar la parte del cuerpo donde recibió el golpe. El hombre fantasea con la idea de aprovechar la oportunidad y aproximarse a la estructura de madera. Se levanta del banco. Se pregunta cómo reaccionará el niño al verlo tan cerca, si se habrá fijado en él antes o si le resultará un perfecto desconocido; se acaricia la cara para comprobar la lisura de su afeitado. Pero las conejas deciden deshacer su círculo, primero se desmadejan en forma de óvalo, después son una ese, una parábola, una recta, una barrera.

Esquiva a la que le corta el paso y trata de aparentar determinación en sus movimientos.

Ño, cómo te pusi'te, no te pienso dar un abraso ni de lejo, la oye decir.

Es oscura, achaparrada e imprecisa, como un coulant mal horneado.

Mija, ónde te has metió que te lleva'te tol churre, continúa la mujer, mientras agarra a una niña de trenzas y la sacude con una gruesa mano de chocolate con el envés despigmentado.

Otras dos cobayas, más bajitas y de color amarillo mango, se le interponen. Él no quiere que ninguna de esas mujeres lo

roce. Coge aire, se recompone el fular y lo cruza sobre su pecho, dejando las manos también atravesadas dentro del abrigo.

Ahorita todos al baño, ríe otra, enteritos bajo el agua hasta que salga la porquería.

Las demás secundan su ocurrencia con más algazara, mientras recolectan aquí y allá a sus niños. Uno por cabeza; como mucho, un segundo en un cochecito. Consigue rebasarlas, en tanto que empieza a preguntarse, como cada tarde, quién cuidará de la propia prole de las conejas mientras ellas pasan las horas cuidando los pocos hijos de sus señores. Pero algo lo interrumpe.

No me van a creer lo que hizo Mauricito, escucha tras de sí. Y por un segundo queda paralizado: Mauro es su niño. Escaló él solo por la trepadera, ¿oíste?, y por fin logró pasar caminando por encima del madero grande.

Trata de distinguir algo entre los cuerpos, entre la desbandada anárquica que, para ellas, en cambio, parece obedecer a un orden. Pero su niño sigue allí, donde lo dejó, repitiendo su hazaña. Parece que la nanny fue hasta donde estaba y trató de convencerlo de que era la hora de volver a casa, aunque regresó enseguida con las otras a compartir el chisme. Una decisión equivocada. Ahora la oportunidad vuelve a materializarse, sólida. Y fulgura. Fulgura en medio de la noche previa al cataclismo. El hombre lanza unas amplias zancadas. Dos, tres, cuatro. Ya está delante del niño.

El pequeño Mauro ha oído los pasos. Y se empieza a girar sobre la viga que sirve de pasarela para jactarse una vez más de su pericia, antes de volverse a tirar por la roja superficie del tobogán. Pero se queda inmóvil, con el cuerpo arqueado en una postura imprevista, al encontrarse con la mirada del hombre.

No te preocupes, chico.

Los ojos del niño no parpadean. Las yemas de sus dedos aún tocan la madera y sus pupilas reflejan que esa no era la persona que esperaba.

No pasa nada.

Y quizá también que nota algo anormal en su expresión. Algo que lo asusta. Es posible que deba no sonreír tanto, relajar su rostro, contener la alegría de sus cejas, de los pliegues de su frente. Debería esforzarse más. Esfuérzate, imbécil, se dice. No seas estúpido y entrecierra las fauces.

Por fin, el niño termina de darse la vuelta y recobra la naturalidad en la mirada.

He subido yo solo, dice.

Lo sé, lo sé. Cómo mola.

De repente, el pequeño recupera la velocidad de movimientos, lo deja con la palabra en la boca y se zambulle de cabeza en la rampa del tobogán. Y esa parte de la noche revienta como una pompa de jabón. Él sale de su estado de encandilamiento y, por unos segundos, piensa en todas las demás veces que alguien le ha dado la espalda a lo largo de su vida. Siente un pellizco agrio recalar en su estómago. No, el niño no. Su niño es puro. Su niño no se lo haría, se dice, pero no puede evitar que la imagen de una mano joven y glacial se apodere de su mente. Es una mano de hace mucho tiempo, la de un primer amor adulto. Y vuelve a verla y a sentirla, menguando bajo la suya y desembarazándose con frialdad de su caricia. No esperaba aquella traición. Después de tanto sacrificio, después de todos sus años de carrera conteniendo su amor entre el armazón de sus costillas, y visualizando los millares de formas de dar el primer paso. Después de tanto, aquella traición. También recuerda a aquel ingrato: sus largas pestañas bajo sus cejas densas, su rostro imberbe, los ojos gris acero y las miradas de soslayo a su alrededor, a todos los rincones de la cafetería, como si estuviera avergonzado. Avergonzado de él. Esto no es lo que quiero, Ángel, le dijo. Recuerda, como si la tuviera delante, la mesa redonda del bar. Cada arista y cada ribete de aquel tablero en el que posaban sus manos. ¿Qué, qué es lo

que no quieres? También recuerda su propio desconcierto y la geometría estampada bajo el lustre de la mesa, entre los círculos de los vasos. ¿Por qué acudió entonces? No tenía por qué. No tenía siquiera por qué haberle respondido ni, mucho menos, haberse presentado allí. ¿Es que no quieres que nos vean juntos? Y añadió, sin controlar el volumen de su voz y arrepiñándose enseguida: Quizá deberías aceptarte de una vez por todas. Por fin, el joven volvió hacia él la cabeza, le dedicó una larga mirada vacía y le respondió: No, asúmelo tú. Lo que no quiero es tener nada que ver contigo, Ángel Luis. Me da grima cualquier cosa que venga de ti, y te ruego, por favor, que me dejes en paz de una vez, eres el tío más perturbador que conozco. Recuerda, treinta años después, cómo lo empujó antes de levantarse. Cómo se alejó sin volver a mirarlo y cómo vio hacerse pequeña la espalda de su primer amor universitario en la penumbra también anaranjada de aquella otra noche.

¿Quieres que juguemos a algo, Mauricio?

Ha avanzado unos metros y ahora ambos están al otro lado de la estructura de columpios, casi ocultos. No acaba de percatarse de que ahora está enfadado, pero lo está.

El niño lo mira y asiente.

¿Ves esos árboles de ahí? Señala un macizo de setos, cubierto por maleza y por las ramas bajas de los cedros. Es un lugar estupendo para jugar al escondite. ¿Te gusta jugar al escondite?

El hombre echa una mirada furtiva atrás. Sabe que no cuenta con más de uno o dos minutos, con suerte. La cuidadora ya podría haber vuelto hace rato.

Cuando juego con mi papi siempre gano yo. Porque siempre se equivoca y me busca en todos los sitios donde no estoy.

¿Vamos? Le tiende la mano.

En verdad el lugar es estupendo. La espesura es tupida y allí podrá hacer lo que quiera. En un acto reflejo, le revuelve

el pelo al niño. Un cabello que en este momento percibe bruñido por la luz, delicadamente laminado en finísimos hilos de cobre. Y entonces la luz anaranjada se cristaliza en el aire. Y la cháchara de las nannies deja de sonar, también los chillidos de los críos, e incluso el ruido del tráfico y de la ciudad que murmuraba de fondo parece haber quedado atrapado en el ámbar de ese instante. Siente las uñas de su otra mano clavadas en el interior del puño. Y toma conciencia de su propio cuerpo, fibroso, gastado, pero por primera vez en meses ligero bajo la ropa, en pie, suspendido, sin que el dolor del lumbago ni de las articulaciones lo mortificase. Y algo en la forma en la que el flequillo cae hacia el lado, algo en esa ondulación le recuerda las tardes de su infancia en las que merendaba frente a la tele, esas tardes en las que la luz caía oblicua y llena de posibilidades, se derramaba desde las ventanas abiertas y encendía el interior del hilo de la miel sobre su rebanada de pan, encendía un punto de oro en la miel, antes de esparcirse sobre la mantequilla en viscosas ondas doradas. Esas tardes que eran todo futuro.

Vamos, lo pasaremos bien, le apremia.

Apenas diez metros los separan de los setos que les brindarán la intimidad. Si una vez allí consigue que el niño mantenga el silencio o, en el peor de los casos, cuando lo amordace con su fular, en el supuesto de que las amenazas no resulten suficientes, podrá dar rienda suelta a todas sus fantasías. Podrá usar su cuerpo como quiera, y luego dejarlo allí tirado. Usado, manchado y desposeído de su gracia. Roto. Y quizá todavía, con la complicidad de la noche sin luna, tardarán horas en encontrarlo. Muchas más horas de las necesarias para que él esté a salvo al otro lado de la ciudad.

Ángel trata de agarrarle la mano.

¿Te gustan los chicles? ¿Te dejan tomarlos? Tengo un bote entero para ti. Son grandes y de colores.

Pero en ese momento oye unos pasos detrás.

¿No vio a su nene?

¿Qué es esa voz, qué está diciendo esa mujer? Retira su mano y la introduce en el bolsillo del abrigo. ¿Qué significa esta intromisión?

¿No encuentra a su nieto?, insiste la desgraciada.

¿Qué?

El niño sale corriendo hacia ella y se agarra a su brazo.

Estuvo muy chévere, Mauricito, mañana practicamos más.

Él ve cómo las posibilidades se disipan, hechas añicos entre la gravilla sucia del suelo. Cómo el futuro es cada vez más exiguo, más angustioso. Cómo su niño y la niñera se alejan de la mano y las espaldas de ambos se hacen diminutas en la penumbra de las farolas del parque.

No tarda mucho en quedarse solo en la plaza. La última alma a la intemperie.

Qué le habrá hecho pensar a la condenada coneja, se repite, que puedo ser abuelo.

El cuerpo ahora le pesa. La cabeza empieza a dolerle como nunca le ha dolido antes.

Y la noche se sacude y tiembla.

Un viento helado barre las nubes crepusculares del alba, hasta que no queda nada, y los contornos de los edificios de la ciudad adquieren un cariz de advertencia. La luz permanece detenida. Algo en los reflejos de los cerramientos acristalados, en las partículas suspendidas en el aire, en la hojarasca y la basura que gira en remolinos sobre las aceras de las calles parece prefigurar lo que va a ocurrir. Pero tú aún duermes en la cama, arropada a medias por el nórdico que ha dejado la parte baja de tu espalda al descubierto. Ningún ser humano es capaz de leer las señales. Te despertarás con un dolor persistente en las sienas, que atribuirás a que has cogido frío durante la noche. Reprocharás a Campoamor que no te haya calentado los pies, como es su costumbre. Y caminaréis juntas hasta la cocina. Allí repasas mentalmente los correos que tienes que contestar esta mañana; en la ducha, esbozas una redacción somera de tus respuestas, y todavía se te ocurren un par de ideas y un par de nuevos mensajes que escribir a este proveedor o a aquel cliente; repasas los plazos de entrega mientras te secas; te agobias con la contabilidad mientras te perfilas la línea del agua, y decides cortar esa asociación de pensamientos. No se puede vivir siempre entre la culpa y la ansiedad. Observas tu cuerpo frente al espejo, todavía desnudo, conoces bien sus imperfecciones y la deriva que ha adquirido en los últimos años, sabes exactamente qué corregirías si tuvieras tiempo y te sobrara el dinero. Sin contar las dolencias que arrastra, y que ya arrastrará durante el resto de tu vida, la debilidad de la séptima vértebra cervical, la creciente disfunción

del hiato. Y con el tiempo no harán sino sumarse otras. Pero es tu cuerpo y por esta vez no lo censuras, porque en un chispazo de lucidez comprendes que te lleva acompañando desde siempre, es el único que ha estado ahí y te ha servido desde que viniste al mundo. Lo único que tienes. La intuición se extingue y apenas logras registrarla. Ahora el dolor se extiende desde las sienes a las cuencas de los ojos. Y no será hasta tres horas más tarde, en el momento en el que la presión del cráneo se vuelva insoportable, cuando repares en que algo está pasando.

¿Y te lo crees? No sabría reconocer una buena idea ni aunque le mordiera la cara, estás diciendo al teléfono. Hay gente que es capaz de tener una visión de conjunto, continuas, ver de inmediato lo que funciona y lo que no, y dar soluciones: él no es de esos.

La voz del otro lado te contesta y permaneces callada medio minuto.

Caminas en círculo delante del escaparate de una cafetería. Han colocado fuera un banquito de madera y un cenicero para que la gente pueda sentarse en el exterior a fumar o a tomar sus bebidas calientes bajo el sol de invierno. Tú te mueves nerviosa alrededor. Desde que te levantaste esta mañana no has dejado de recibir información desde todas partes. Estás siempre conectada con tus clientes, conectada a tus redes sociales personales y de negocio, conectada a las noticias. Eres tú y los otros y el resto del planeta. Sabes que no te tendrías que haber tomado el segundo café.

¿Y qué sé yo por qué está ahí? ¿Alguna vez has visto a la gente de verdad válida en los altos puestos?, preguntas. Nada, nosotras como si nada.

Un hombre y un niño se han parado al otro lado de la calzada. Y el alboroto que forman te distrae de la conversación. Te va a estallar la cabeza.

Si lo enviamos a imprenta esta mañana ya iríamos con el margen justo, son más de doscientas mil copias, dices. Tienen que estar repartidas antes del evento.

Hace un rato los viste en esta acera y estás casi segura de que no es la primera vez que cruzan de un lado a otro. La mano del hombre agarra al pequeño del brazo como una tenaza, y sigue vociferando. Algo en su aspecto no encaja. Lleva una chaqueta demasiado grande y gruesa, de un tono opaco que no parece su color original; tiene la espalda cargada y la nuca oscura, muy bronceada. Desde donde estás, alcanzas a descubrir que en los pies lleva unas zapatillas abiertas que dejan asomar los calcetines.

Eso es, pero pásame a mí primero el presupuesto que lo supervise.

El padre coge ahora de los dos brazos al crío y lo zarandea con fuerza. El pequeño no se queja, su gesto es de dolor, pero no se queja. Y te percatas de que algo está pasando.

¡Eh!, gritas. No, no, no es a ti.

Antes de que puedas anticiparlo, ha levantado su enorme mano, la deja caer contra su mejilla y el revés lo derriba al suelo. Sin detenerte a pensar en las consecuencias, te arrojas a la carretera. Un rider en una bicicleta eléctrica está a punto de atropellarte. Ha sido culpa tuya, no se puede cruzar de oído. Ignoras sus gritos, los dejas atrás y te centras en lo que te ha traído aquí. Y ahora eres tú quien alza la voz:

Oiga, ¿qué hace?

Te has situado más cerca del hombre de lo que te habría gustado. Con el rabillo del ojo ves cómo el niño recula, se apresura a recoger sus piernas y las abraza.

Tratas de retar al tipo con la mirada, pero él te la sostiene impertérrito, con las pupilas dilatadas y una expresión bovina. Le faltan dientes, aunque todavía es joven bajo la piel castigada.

¿Qué?, es mi chaval, dice al fin.

¿Andrea?, se oye en tu teléfono móvil.

Sí, Andrea Lledó, estoy en la calle Hermanas Teresianas. Un señor acaba de agredir a un niño, se te ocurre decir.

El hombre te mira durante un instante más. Por fin, se agacha, recoge a su hijo y lo empuja calle abajo.

Luego te llamo, cuelgas. Haces una señal de más tarde vuelvo a los camareros de la cafetería, que miran curiosos a través de la ventana, y decides seguir a la pareja a cierta distancia.

Caminan por el centro de la calzada, por la que apenas circula algún vehículo aislado. Y tú utilizas la línea de coches estacionados para parapetarte. El niño debe de tener unos cuatro años menos de los que Rodrigo tendrá ahora, pero estás segura de que esa era su exacta edad la última vez que lo viste. Al menos, la última vez que lo viste y abrazaste viviendo en la misma casa. La ansiedad empieza a crecer y a hormiguearte bajo el pecho, porque sabes que aún te quedan otras dos llamadas y todavía tienes que volver al despacho a solucionar un buen puñado de problemas. También te preocupa el impago que no vas a conseguir cobrar, pese a que ya has incluido la factura en tu declaración trimestral. Pero hay algo en la forma en la que el hombre frota la cabeza del niño con los nudillos del puño, algo en esa fricción insistente contra su pelo, que te hace pensar en cómo David trataba a Rodrigo cuando habíais discutido. O cuando regresaba malhumorado del trabajo. O aquellas veces que se despertaba con el ánimo cambiado, después de dormir una siesta, pese a que te había asegurado que la necesitaba para ponerse bien, para estar al cien por cien con vosotros, y a pesar de que habíais pasado horas procurando no hacer ningún ruido. O cuando se alteraba sin previo aviso, sin motivo alguno. El hombre le está haciendo daño al pequeño a conciencia y, al mismo tiempo, lo está forzando a someterse y a admitir eso como parte de su relación.

Como si para obtener sus migajas de amor tuviera que aceptar todo el lote de frustración, ira y resentimiento. Todavía te cuesta creer que tantas de tus noches fuesen así, has tardado años en darte cuenta de que lo eran casi todas. Aquellas veces que David volvía tarde de trabajar, después de que tú pasaras el día encerrada, limpiando, cocinando, dedicada a la crianza de vuestro hijo, sabías que tenías que acostarlo antes de que llegase para evitar conflictos; o al menos para evitar que él los presenciara, por ahorrarle sufrimiento y también porque querías salvaguardar la imagen que tenía de su padre. Pero muy pronto todo iría aún a peor. Vuestra relación no dejó de degenerar cada día desde que os conocisteis. Tu exmarido empezó a ver entonces un problema en encontrarlo dormido. Antes montaba en cólera porque no os dejaba cenar, ahora, porque quería verlo, y lo despertaba a voces, gritándote, llamándote zorra, zorra hija de puta, y abrazándolo, borracho, diciéndole que nada ni nadie los podría separar jamás, Rorri, le decía, por mucho que se lo propongán, ninguna de estas hijas de puta, y lloraba, con aliento a estómago y fermento, nadie, nunca jamás, tú y yo siempre juntos. Ni siquiera cuando sus camisas comenzaron a oler a otras mujeres, la situación mejoró. Confíaste en que así sería, pero tampoco eso pareció aliviarle. Al contrario, su rabia contra ti no hacía sino crecer. Lo único que tú querías era no disgustarlo, algo imposible, quizá porque lo que le molestaba era que tú estuvieras ahí, que lo obligaras a tener que ocultar sus impulsos, sus otras vidas. Y tú te sentías culpable por eso, por estar ahí, por existir. Vivías de puntillas, tratando de ocupar el menor espacio, encogida y silenciosa. Pero la superficie de aquel piso, las paredes, el sofá, por supuesto el televisor o la habitación de Rodri, la cocina, la mesa del comedor, se habían vuelto volátiles, todo allí era inestable y en cualquier momento podía saltar por los aires, dónde están mis llaves, Andrea, dónde está mi corbata azul, zorra hija

de puta, me quieres tocar la polla, quieres que me despidan y joderme la vida, hija de la gran puta. David, por favor. La casa está siempre desordenada, ¿de verdad no tienes tiempo en todo el día para mover un dedo? David, por favor. Que no, coño. Que me paso todo el puto día trabajando. ¿Quién me iba a decir a mí que iba a acabar con una inútil como tú? Pues ¿sabes lo que te digo? Que no me da la puta gana, el que te va a joder la vida soy yo. David, decías, David, hasta que te cerraba la boca.

En el siguiente cruce, el padre y el hijo se separan.

Quieres entrar en una farmacia. Entrar y llenar tu bolso de analgésicos. Pero, en cambio, sigues al niño por la calle ascendente, al niño pequeño, con su pelo oscuro cortado a la taza, con su cogote estrecho y delicado, hasta que se introduce en un soportal y se oculta dentro de un templete de cartones. En la actualidad, Rodrigo no te habla. La última vez que lo viste fue en un juzgado, en el juicio por la querrela por malos tratos que presentó contra ti. Y, aunque los años pasan, no tienes manera de saber si realmente piensa que eso llegó a ocurrir alguna vez. Si de verdad su mente ha llegado a creerlo.

Permaneces frente a la fachada. Compruebas las notificaciones de tu móvil. Te frota las sienes y masajear tus ojos por encima de los párpados. Aunque ahora tu hijo es tu enemigo, o, al menos, el mejor aliado de tu enemigo, no pierdes la esperanza y vives con la sensación difusa de que algún día tendréis una oportunidad.

Lees tus mensajes.

En cualquier momento, las cosas volverán a cambiar.

Lo que no puedes saber es que faltan dos días para el verdadero cambio. Tan solo dos días. Y ya nada será igual.

Atiendes una llamada y te marchas calle abajo.

A la mañana siguiente, antes de que las nubes se cierren para no dejar más que penetren los haces de luz, antes de que el cielo rojo se vuelva presagio y de que los primeros motores derritan la escarcha, regresarás a por el niño.

¿Vives aquí?, le preguntarás en la calle oscura.

No.

Tiene la piel tiznada, los churretes le recorren la cara y el cuello.

Aunque estás muy sensibilizada con los bombardeos a los niños palestinos, este no es el caso. Sabes que nada de lo que estás haciendo guarda relación con el genocidio.

¿Cuánto tiempo lleváis durmiendo en la calle?

No sé. Unas noches.

Vámonos, antes de que vuelva. Te vas a venir conmigo a casa.